EL PROBLEMA DE LOS CÁNTABROS Y DE SU ORIGEN

Hace años tuvimos ocasión de tratar, incidentalmente, del problema de los cántabros y de su origen, a propósito de nuestro primer ensayo de reconstitución de la etnología peninsular y de nuestros estudios acerca de los pueblos vascos. [1] Manteniendo la diversidad étnica de los cántabros respecto de sus vecinos los autrigones, que considerábamos pertenecientes al grupo vasco, el cual hemos creído siempre esencialmente distinto de los íberos, y creyendo a los cántabros emparentados con éstos, suponíamos la posibilidad de que estos últimos, formando la avanzada de los iberos, en relación con los movimientos que les llevaron a dominar la Meseta en el siglo III, según la hipótesis de Schulten [2] que entonces admitíamos, hubiesen penetrado en Cantabria en aquel tiempo o sea después de las correrías de los celtas por España.

Un estudio más detenido del problema cántabro, después de revisados los materiales arqueológicos del N. y Centro de España, y de seguir detenidamente cuanto a los movimientos célticos se refiere, [3] conduce a plantear mejor aquél y a rectificar, en parte, nuestras conclusiones.

Límites y agrupaciones interiores.

Los cántabros ocupan el territorio intermedio entre los autrigones y los astures por la costa del N. de España, o sea la parte oriental de Asturias y la mayor parte de la provincia de

(1) Bosch, Ensayo de una reconstrucción de la etnología prehistórica de la península ibérica (Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo, Santander, 1922 y El problema etnológico vasco y la arqueología (Revista internacional de los estudios vascos, 1923). El problema cántabro fué tratado también por entonces en una conferencia que dimos en el Ateneo de Santander, invitados por la Sociedad Menéndez y Pelayo.

(2) Schulten, Numantia I (Munich, 1914).

(3) Bosch, Etnología de la península ibérica. Barcelona, 1932.

Santander, extendiéndose hacia el interior hasta lindar con los vacceos y turmódigos. Conviene ante todo fijar, con la exactitud posible, los límites de los cántabros. Recientemente, el Profesor D. Claudio Sánchez Albornoz, en un notable trabajo, [1] ha estudiado también la delimitación de los pueblos del N. de España, y entre ellos la de los cántabros; de acuerdo con él en la mayor parte de su trabajo diferimos en algunos puntos y en otro lugar fundamentamos nuestras discrepancias. [2] Recogeremos aquí nuestras conclusiones, apoyadas en muchos casos en las del Sr. Sánchez Albornoz.

Su límite oriental, o sea la frontera, con los autrigones, parece cruzar el Ebro, cuyo nacimiento y primera parte de su curso se hallan en territorio cántabro, y siguiendo la sierra de Tasia deja dentro del territorio autrigón las regiones de Villarcayo y Medina del Pomar, así como las Encartaciones, para ir a buscar la costa al nivel de Laredo y Santoña. Por la parte litoral es difícil señalar con exactitud el límite de cántabros y autrigones; Sánchez Albornoz se inclina a hacerlo pasar por el sistema de las sierras cántabras entre el río Asón (el Sanga de Plinio), que este autor cita como el primer accidente geográfico de la tierra cántabra, y que hoy es todavía una frontera dialectal, extendiéndose a su occidente el dialecto leonés moderno. Tal límite es, probablemente, exacto, aunque más que el mismo río nos inclinaríamos a creer que la frontera fuese su valle.

La frontera meridional arranca de la comarca de Treviño (Trifinium), límite de vacceos, turmódigos y cántabros, al S. de Amaia, entre el Odra y el Pisuerga. Desde allí, en dirección occidental, la frontera de vacceos y cántabros seguía por el S. de la sierra del Brezo, por Villalba de Guardo, hacia la alta cuenca del Carrión, que pertenecería todavía a los vacceos, siendo ya de los cántabros Velilla de Guardo, en la parte montañosa, lugar donde debe colocarse la ciudad cántabra de Tamaria. Desde Villalba de Guardo, el límite continuaría hacia Almanza, junto al río Cea, siguiendo luego este que formaría la frontera con los astures.

---

(1) C. Sánchez Albornoz, Divisiones tribales y administrativas del solar del reino de Asturias en la época romana. Madrid, 1929.

(2) Etnología de la pen. ib.

La frontera de cántabros y astures, desde el mar, seguía por el límite occidental del valle del Sella (con la sierra de Fito y Cofiño), según Sánchez Albornoz, continuando por los montes al O. de Cangas, que delimitan por la parte occidental, la cuenca del río, yendo a encontar los puertos de Tarna y San Isidro y Cofiñal en el sistema cantábrico, desde donde seguiría el curso del Porma hasta Lillo, así como luego la sierra que separa las cuencas del Porma y del Esla desde Valdoré hasta más abajo de Cistierna, continuando por el curso del Esla a las alturas que van a encontrar el Cea en Almanza, desde donde, mientras la frontera de astures y vacceos baja hacia Sahagún, la de cántabros y vacceos vuelve hacia Villalba de Guardo, como se ha dicho antes. Creeríamos nosotros que el trayecto entre Cangas y Cofiñal venía precedido de una derivación del límite hacia el O. por las sierras donde nace el Nalón y que forma la parte superior de su curso (Sierra de Pendemules, Monte Carrada, Cordal de Sobrescopio, Sierra de Murias y Santibáñez, Peñas de Guazones) a encontrar el puerto de Piedrafita, y yendo a Cofiñal por las Peñas del Faro y La Fontanosa; este recodo le indicaría el nombre de Piedrafita, al que habría que atribuir el mismo significado de límite que a Cofiñal.

Los cántabros se agrupaban en diferentes tribus parciales y de ellas se citan las principales ciudades, muchas de difícil localización. Los autores modernos a menudo la buscan de manera arbitraria, así Fernández Guerra. [1] Podemos limitarnos, pues, a decir que los cántabros parecen integrados por los siguientes pueblos: los *orgenomescos* (desde el Sella, en donde se encuentran inscripciones de ellos, hasta el Nansa?), con el puerto de Verasueca (de situación desconocida); los *aurinos*, al E. del Nansa, que era común a ellos y a los orgenomescos, según Mela; [2] los *coniscos*, en la región de Santander; los *vadinienses*, en el límite con los astures por la parte de León (de Cofiñal y

(1) A. Fernández Guerra, Cantabria, «Boletín de la R. Sociedad geográfica. VI, I sem. Madrid 1878, p. 93 y sig.

(2) Mela II, I en un pasaje muy alterado habla del río que servía de divisoria entre los orgenomescos y los aurinos (el Nansa) y del Nerva que separaba los autrigones y los origeviones (pueblo que, desaparecido después en las citas de los autores, parece ser una pequeña tribu relacionada con los autrigones). Dicho pasaje dice, según la reconstitución que parece acertada de Sánchez Albornoz: per aurinos et orgenomescos Nansa, per autrigones et origeviones quosdam Nerva descendit.

Cistierna hacia Riaño), en donde se encuentran sus inscripciones; los *concanos*, acaso en la región de Potes (?); los *tamáricos*, con Tamaria (Velilla de Guardo); los *morecanos*, con Morecca (en la región de Sedano?); los *velegienses*, con Vélica (Monte Bernorio), acaso formando un solo pueblo con los *juliobrigenses*, de Julióbriga (en la comarca de Reinosa), hallándose la ciudad de Octaviolca entre Julióbriga y Vélica.

Sánchez Albornoz plantea el problema de si la extensión de Cantabria fué siempre la misma y discute el texto de Estrabón III, que dice que al N. de los berones había los bardietas o bardialos (esto es los várdulos), así como los cántabros coniscos, lo cual contradice el cuadro de pueblos que se obtiene a base de otros autores, principalmente Ptolomeo. La afirmación de Estrabón es exacta en cuanto a los várdulos, pero si ha de interpretarse literalmente a Estrabón no lo es para los coniscos que están separados de los berones por los autrigones. Creer que la cita de Estrabón exige que los tres pueblos fuesen vecinos, ha obligado a buscar soluciones forzadas y contradictorias con la situación que en definitiva es preciso atribuir a dichos pueblos. Algunos, sin ningún motivo real, como Fernández Guerra, [1] identifican los berones con los autrigones; otros [2] hacen cántabros a los autrigones e identifican a estos con los coniscos. Sánchez Albornoz, teniendo en cuenta también que Estrabón, lo mismo que otros autores, no citan todos los pueblos del N. de España, que reducen a los cántabros y los várdulos, propone distintas soluciones al problema, a saber: 1) Que en la época a que se refieren las fuentes de Estrabón, los cántabros realmente hubiesen ocupado toda la costa hasta el Pirineo y bajasen por el Ebro hasta encontrar los berones de la Rioja, dejando al Este los várdulos, caristios y autrigones, de los cuales los dos últimos vivirían en comarcas interiores, que ya no son vecinas de los berones. 2) Que a consecuencia de la guerra cántabra se redujese el territorio cántabro y se extendiesen hasta llegar al mar los autrigones y várdulos, así como los autrigones entonces pudieron extenderse hacia el S. por el valle del Ebro y La Bureba, lo cual se reflejaría en los textos de Mela y Plinio, que les

(1) Cantabria.
(2) Balparda, Historia crítica de Vizcaya y de sus fueros, I. Madrid, 1922, pág. 51.

atribuyen dichos territorios; finalmente, 3) Que posteriormente a Mela y Plinio, los caristios bajasen hacia el mar. Tales hipótesis reconoce el mismo Sánchez Albornoz que no se fundan en base positiva, y admite también la posibilidad de que la Cantabria representase en un principio tan sólo un nombre genérico aplicado por los romanos a pueblos más o menos afines étnica y lingüísticamente, y que un conocimiento más exacto de las modalidades populares del N. de la Península, en el tiempo en que esta zona fué dominada y organizada, hiciese concretar más tarde tal denominación a uno sólo de los pueblos a quienes antes se aplicó en conjunto.

Nosotros creeríamos que las lagunas en la citación de pueblos en los distintos autores, proviene de falta de conocimiento de la topografía étnica del N. de España, excesivamente complicada para ser conocida de lejos como en los tiempos de Estrabón, o para ser expuesta de modo completo en las descripciones sumarias de Mela y Plinio. Sólo con la guerra cántabra, primero, y más tarde con la romanización, fué posible hacerse cargo de la verdadera naturaleza de cada pueblo y de su situación exacta. El argumento ex-silentio no es probatorio y por ello nosotros dudamos en general de la existencia de dichos movimientos de pueblos desde el tiempo de las fuentes de Estrabón a Ptolomeo, ya que sólo se comprueba falta de atribución de territorios a unos o a otros o de citación de tribus pequeñas, pero no la atribución de un mismo territorio a dos pueblos distintos, en cuyo caso podría creerse con razón que unos dominios hubiesen sustituido a otros.

Tan sólo en el caso de los cántabros coniscos, vecinos por el N. de los berones según el texto antes mencionado de Estrabón, podría admitirse tal cambio que acaso explicase mejor la enemistad con los autrigones. Acaso los cántabros coniscos habían entrado antiguamente en Cantabria desde la Rioja y habrían ocupado desde el valle de Miranda la región de Villarcayo y Medina del Pomar, siguiendo hacia las tierras santanderinas. Los celtas, si es cierto lo que creemos y que hemos expuesto en otro lugar, en el período de su máximo poder desde los siglos IV al VI, dominarían temporalmente la región de Villarcayo, que vigilaban ante la posibilidad de intentos de reconquista por los cántabros co-

niscos con el establecimiento de la fortaleza de Segontia Paramica (Cigüenza del Páramo), y en tiempo de la decadencia céltica los coniscos volverían a recuperar su territorio (época de las fuentes de Estrabón), lo que naturalmente debía traer consigo conflictos con los autrigones. Tales conflictos debieron ser una de las causas de la guerra cántabra.

Naturaleza.

Nos parece evidente, y no es preciso esforzarse en demostrarlo, que los vascones y várdulos son de la propia naturaleza que los vascos históricos. El predominio del nombre de los vascones parece natural que se deba a ser ellos el grupo más importante de los afines y que más contacto tuvo con los romanos desde antiguo. La coincidencia del territorio de los várdulos y además del de los caristios con la zona típicamente vasca y en donde la lengua vasca ha tenido más profundas raíces, no permite dudar de que todos ellos forman un grupo homogéneo desde el punto de vista étnico.

En cuanto a los autrigones, su pertenencia al grupo vasco se ha discutido por distintos motivos. Por una parte, porque en su territorio la lengua vasca tiene raíces menos profundas que en otras comarcas del país vasco, habiéndose borrado en la parte limítrofe de la provincia de Santander, así como en la parte meridional de la provincia de Alava, y además, en opinión de D'Arbois de Jubainville, por los elementos célticos que se reconocen en su toponimia, así como por el nombre del pueblo, que dicho autor se inclina a creer también céltico por su terminación en -ones (compárese con ling-ones). Es posible admitir la infiltración de celtas en el territorio autrigón y aun el dominio de su parte meridional, lo mismo que en los territorios equivalentes de las demás tribus vascas situadas en lugares estratégicos de comunicación con el centro de España; pero con ello no queda descartada la posibilidad de una población precéltica en Vizcaya y en los demás lugares del territorio autrigón.

La otra objeción al carácter vasco de los autrigones, es su supuesta afinidad con los cántabros. El silencio de muchos textos respecto a los autrigones y la vaguedad del contenido del

nombre de Cantabria y del de los cántabros, han inducido a creer que los antrigones fuesen un grupo afin de aquellos y diferenciado de los demás pueblos vascos. Pero ya hemos dicho que la falta de precisión de los textos antiguos no permite creer que los cántabros se extendiesen más al E. de donde se les hace llegar habitualmente y que los autrigones caen fuera de su territorio estricto. Tampoco puede ser probatorio que, al hablar César de los aquitanos que buscan refuerzos en España, hable de los cántabros que les prestan auxilio, para demostrar que los aquitanos fuesen vecinos de los cántabros, en cuyo caso la extensión de estos hasta el Pirineo haría incluir en el número de sus pueblos, no sólo los autrigones, sino incluso las demás tribus vascas. Como ya había establecido el P. Flórez [1] en contra de los «cantabristas» de su tiempo (por ejemplo el P. Larramendi en el siglo XVIII) cuyos argumentos repiten los modernos partidarios de la identidad de naturaleza de ambos pueblos (Balparda), la diferenciación esencial de cántabros y autrigones viene indicada por el hecho de la guerra cántabra en que luchan de una parte los cántabros y astures y de otra los romanos que se hacen eco de las diferencias de los cántabros con sus vecinos, no sólo con los autrigones, sino también con los turmódigos y los berones afines de los turmódigos. [2] Al ataque del territorio de los autrigones

(1) P. E. Flórez, La Cantabria (preliminar al vol. XXIV de la España Sagrada) editado aparte por la Academia de la Historia, Madrid, 1877.

(2) Sánchez Albornoz (lugar citado, pág. 60) no cree que la enemistad de los cántabros con los autrigones puede probar su diversidad étnica, puesto que a veces vemos cómo tribus afines luchan entre si, peleando en cambio juntos los cántabros y astures que son distintos. Nosotros en este caso creemos muy significativa la enemistad, ya que los cántabros luchan con todos los vecinos célticos o que están en íntima relación con los celtas, como es el caso de los autrigones en cuyo territorio meridional existen abundantes elementos célticos. Esta alianza contra los cántabros produce el efecto de algo más que una rivalidad sin trascendencia y más bien opone grupos compactos de pueblos, unos a otros: el hecho de ir juntos los autrigones con los turmódigos y berones célticos se corresponde con la alianza de cántabros y astures, los últimos de los cuales eran montañeses que se hallaban en la esfera de acción de los pueblos cántabros y que probablemente tenían también una enemistad antigua con los celtas que les habían arrebatado importantes territorios en su parte meridional y que acaso les hubiesen impuesto anteriormente su dominio. La relación de los autrigones y demás pueblos vascos con los celtas del alto Ebro explica también que hiciesen causa común contra los ataques cántabros que perjudicaban igualmente a unos y a otros. El retroceso del vasco en la Autrigonia no puede ser motivo suficiente para negar el carácter vasco del pueblo, como tampoco lo puede ser el retroceso del vasco en Navarra para negar tal carácter a los vascones, ya que es un fenómeno general en toda la periferia de la zona vasca lo mismo en Navarra que en Vizcaya, que en Alava. La abundancia de elementos toponímicos vascos en el Alto Aragón, llegando hasta Cataluña, muestra claramente que el grupo de pueblos afines pirenaicos, con mayores o menores mezclas en la periferia de su territorio, fué difumando su personalidad, que tan sólo quedó intacta en la zona más abrupta de Vasconia, propia para el arrinconamiento, modificándose el carácter de los pueblos de las zonas más abiertas por mezcla o por influencia.

por los cántabros corresponde la amistad de los romanos con los primeros, sirviendo su territorio, lo mismo que toda la costa vasca, de base de operaciones a los romanos.

Dado el contraste de cántabros y autrigones, parece lógico suponer, con Campión y otros, a los autrigones afines con los demás grupos vascos, así como lo es que, a pesar de posibles infiltraciones célticas en su territorio, sea dudoso que sean un verdadero pueblo céltico, debiendo admitirse que la masa de la población indígena debió ser afin a la de las demás tribus vascas. El haberse borrado la lengua vasca de parte de su territorio es un hecho accidental, como lo es el haberse perdido igualmente en otros extremos del territorio vasco en Alava o en Navarra, de donde se tienen pruebas del retroceso de la frontera lingüística, sin que ello implique movimientos de pueblos.

En cuanto a los cántabros propiamente dichos, todos los autores los describen como teniendo costumbres semejantes a las de los más típicos pueblos ibéricos, creyéndoles pertenecientes a este estrato étnico y afines de los aquitanos que en Francia lo representan en oposición a los celtas. La rudeza de su vida, y particularmente su táctica militar, su resistencia desesperada comparable a la de Sagunto o Numancia (en donde buena parte de los fenómenos análogos deben atribuirse a la parte ibérica de le población) hacen de los cántabros un pueblo ibérico, o por lo menos iberizado. Por el contrario, los vascos por muchas razones no parecen iberos, y creemos haber demostrado que representan uno de los estratos preibéricos de la población española o sea el de los pirenaicos.[1]

El origen de los cántabros y la dominación céltica.

Si los cántabros parecen destacarse de los demás pueblos del N. de España y ser de naturaleza distinta, siendo esta ibérica, por lo menos hasta cierto punto, es preciso averiguar, si es posible, cómo han llegado a su domicilio histórico y en qué momento, ya que los iberos representan unos grupos de pueblos que tienen su raíz en las regiones del SE. de la Península, y más

(1) La prehistoria de los iberos y la etnología vasca (Revista internacional de los estudios vascos, 1926), y El problema etnológico vasco y la etnología (id. id. 1923).

remotamente todavía en el N. de Africa. Sólo la arqueología de Cantabria, en relación con la de las comarcas vecinas, y muy especialmente con la del valle del Ebro, podría ilustrar este problema. Desgraciadamente, la arqueología de muchas de estas zonas es poco conocida desde el eneolítico.

En el eneolítico la cultura de la zona norte de la península acusa una propagación de la cultura megalítica occidental, probablemente desde Galicia a través de Asturias, en donde parece arraigar fuertemente (Cangas de Onís, Peña Tú, con su necrópolis de cistas megalíticas), siendo probable que a través de estos grupos megalíticos influya el tipo sepulcral en cuestión en la zona vasco-pirenaica, en donde se desarrolla la cultura pirenaica propia del pueblo pirenaico antepasado de los vascos históricos. Al propio tiempo se infiltra desde el N. de la meseta castellana hacia Santander la cultura de las cuevas con cerámica decorada con relieves (cuevas del Castillo en Puente Viesgo, de Hornos de la Peña, de Canto Pino en Iruz), [1] que tiene fuertes núcleos en el N. de la provincia de Burgos, en donde se mezclan los relieves con el vaso campaniforme). [2]

Esta infiltración de la cultura de las cuevas del centro de España está, probablemente, en relación con los tipos antropológicos braquicéfalos, que a principios de la edad del bronce aparecen en Asturias (minas del Aramo), ya que es típica la mezcla braquicéfala en la antropología de los pueblos derivados del capsiense. En todo caso, todos estos hallazgos excluyen, por ahora, admitir un pueblo en el N. de España, en relación con los almerienses que son, sin duda, los antepasados de los iberos, y que por entonces habían ocupado el Ebro hasta el nivel del Jalón, comenzando a penetrar por las regiones vecinas de las provincias de Soria, Logroño y Guadalajara. [3]

La parte central de la edad del bronce parece que ve la entrada en la provincia de Santander de tipos arqueológicos relaciona-

---

(1) Bosch, L'estat actual del conocimiento de la civilitació neolítica i eneolítica de la península ibérica (Anuari del Institut de Estudis Catalanis, VI, 1915-20). Fragmentos en la colección Alcalde del Río de Torrelavega, en el Museo de Arqueología de Barcelona.

(2) J. Martínez Santa Olalla, Prehistoria burgalesa (Bulleti de la Asociació catalana de Antropología, Etnología i Prehistoria, IV, 1926, pág. 85 y sig.).

(3) Bosch, Etnología de la península ibérica, y Julio Martínez Santa Olalla, nuevos límites de expansión de la cultura de Almería (Universidad, Zaragoza, 1930, pág. 1069 y sig).

dos con la evolución de la cultura de Almería, en las formas llamadas del Argar. Así conocemos un puñal de bronce triangular, sin procedencia, conservado en el museo de Limpias, y espadas de bronce de tipo argarico de Cuevallusa en Ogarrio. [1] Esto contrasta con el carácter del fin de la edad del bronce de Asturias y Galicia, al que pertenece; tipos propios de la Europa occidental, de acuerdo con la tradición étnica y cultural del país, así como con los pocos hallazgos sueltos conocidos del país vasco (hachas de bordes salientes de la cueva de Zabalaitz en la sierra de Aitzcorri, en Guipúzcoa) y de la zona pirenaica catalana que, durante toda la Edad del bronce, tiene los tipos intereuropeos que en general faltan en territorios peninsulares de cultura emparentada con la almeriense argárica.

Todo ello es ciertamente bien poco, y para hallar algo más expresivo hay que llegar a la segunda edad del hierro, pues de la primera sólo se conoce, en el Occidente de Asturias y en la frontera gallega, cultura hallstattica en relación con los movimientos célticos. En la segunda edad del hierro, en cambio, la periferia de los territorios que luego se atribuirán a los pueblos vascos y a los cántabros tienen la cultura posthallstattica propia de los celtas, aunque con ciertas variedades que acusan una modalidad regional. En Navarra, la necrópolis de Echauri [2] representa la típica cultura posthallstáttica con espadas de antenas evolucionadas de los tipos del siglo IV; por encontrarse en el camino de Roncesvalles puede señalar una etapa del paso de los celtas hacia el interior de España que pudieron dejar rastros más o menos intensos a lo largo de su camino. En el S. del territorio de los autrigones, en la Bureva, en los siglos V-IV, hay también cultura posthallstáttica, lo que tampoco es de extrañar dado que está incluído de lleno en el territorio que debieron ocupar los celtas, a los que pertenecen diversos nombres de lugar, presuponiendo una ocupación por lo menos temporal de dichas comarcas. Ya en pleno territorio cántabro, la necrópolis del Monte Bernorio (extremo N. de la provincia de Burgos, cerca de Aguilar de Campóo, en el lugar en donde se supone la exis-

(1) Bosch, El problema etnológico vasco y la arqueología, pág. 34 de la tirada aparte.

(2) Bosch, Los celtas y la civilización étnica en la península ibérica (Boletín de la Sociedad española de excursiones, 1921).

tencia de la ciudad de Vélica de los cántabros velegienses), que puede fecharse en el siglo IV a. de J. C., ofrece junto con broches de cinturón y fibulas posthallstátticas, que en nada se diferencian de las de los territorios célticos, una gran abundancia de puñales o espadas cortas de tipo especial que se halla también en el castro de Carabias, al E. de Asturias (también en territorio que fué de los cántabros). Dicho tipo de puñal aparece también en el sepulcro de Miraveche, este último no lejos del monte Bernorio, pero ya en territorio autrigón (cerca de Santa María de Rivarredonda, en la comarca de Pancorbo, y, por lo tanto, en el límite N. del valle de la Bureva).

Al propio tiempo los conocidos hallazgos semejantes de diferentes localidades del territorio de los vacceos y celtíberos, así como de los vetones (necrópolis de Las Cogotas, especialmente).

Dificilmente hoy podríamos identificar tal puñal, del tipo del Monte Bernorio, con los pueblos del N. de España, y creer que su cultura, por matices locales que puede ofrecer, represente una modalidad cultural destacada distinta de la de los demás pueblos del Centro de España y especialmente de los pueblos célticos, debiéndose, por el contrario, afirmar que el territorio cántabro sufrió una verdadera celtización en cuanto a su cultura.

En vista de la intensidad de la influencia céltica en el territorio Cántabro y de la evidencia del dominio céltico de una parte del territorio vasco, precisamente de la más inmediata a la zona cántabra, que creemos haber demostrado en otro lugar, [1] nos plantearíamos ahora el problema de si también el territorio cántabro fué dominado total o parcialmente por los celtas. Noticia histórica acerca de ello no existe; nos movemos tan sólo en el terreno de las hipótesis; pero en este cabría pensar en resolver esta cuestión afirmativamente, y además del índice arqueológico de la cultura posthallstática extendida por la zona cántabra, acaso existen otros indicios. Tales son determinados nombres de tribus y nombres de lugar.

En territorio cántabro aparece el nombre del río *Deva*, que como su paralelo del país vasco cabría interpretar como céltico. La ciudad de Vellica de los cántabros velegienses recuerda el nombre de los Veliocasse de Francia y el de la ciudad de Veleia

(1) Bosch. Los celtas y el país vasco Revista internacional de los estudios vascos, 1933).

de los caristios, precisamente en la zona dominada por los celtas (camino de Roncesvalles, por Pamplona y Vitoria a Pancorbo), y próximo a otras ciudades indudablemente célticas (Suessatium, Deobriga). Además a alguno de los parciales de los cántabros, como los Velegienses, si su ciudad Véllica es de origen céltico, y los «aurini», podría atribuírseles tal origen. Los aurini ofrecen en su nombre una terminación que como la en -ones abunda entre los pueblos célticos; así en el Extranjero los morini y los agurini (tribus parciales de los helvecios entre los celtas de Galicia los cilini, entre los astures vecinos los «selini», que como los lungones, también astures, pueden muy bien ser una infiltración céltica, como lo son sin duda entre los mismos astures. Los brigaetü de Brigaetium (Benavente). Los astures, por otra parte, también ofrecen restos de la cultura posthallstáttica.

De todo ello podría muy bien deducirse que en los momentos culminantes del poderío céltico en España, desde las zonas verdaderamente célticas se destacaron grupos que se infiltraron hasta las regiones más extremas, como las de los cántabros y astures.

En el caso del territorio cántabro el camino parece indicado por la presencia de la fortaleza céltica o de Segontia Paramica, (lo que indica un dominio militar) en la región de Villarcayo de los autrigones, vecina del territorio de los cántabros coniscos, así como dominando los caminos del alto Ebro, y con ellos uno de los puertos del territorio cántabro.

Supuesta una relativa celtización del territorio cántabro y partiendo de la probabilidad de que los cántabros fuesen iberos como parece presuponer su carácter, sin que ello quiera decir que no se apoyasen en una población indígena anterior de otra naturaleza, tenemos sólo dos soluciones posibles para relacionar su entrada en Cantabria con los indicios arqueológicos: o los cántábros no pudieron entrar en Cantabria hasta después del siglo III, tiempo en que decae el poderío céltico en España, o en caso de hallarse allí antes, es natural que su cultura, la del grupo del Monte Bernorio, no se pareciese a la de los iberos de los territorios más meridionales del Ebro, que todavía no se había formado en la época en que debieron partir de allí los cántabros.

Los cantábros no parecen proceder de elementos ibéricos del

grupo celtíbero, pues su territorio está separado del de este por el de los turmódigos y berones, célticos, así como por el de los autrigones. Además, sería inexplicable que si los cántabros hubiesen estado emparentados con los celtíberos no hubiesen tomado parte en sus guerras, para las cuales los celtíberos buscaron aliados no sólo entre los vecinos vacceos sino entre pueblos lejanos como los lusitanos.

Hipotéticamente puede suponerse que los cántabros, siendo el grupo extremo de los iberos del Ebro, en un momento difícil de precisar, en lugar de penetrar en el centro de España siguieron Ebro arriba, perdiéndose en la parte alta de la cuenca y llegando a los pasos de Reinosa y a la costa cantábrica. Con ello se explicaría su aislamiento respecto a los demás pueblos ibéricos peninsulares, de los cuales les separaron los turmódigos célticos. Por otra parte, cuando los cántabros se establecieron en la costa, fué fácil emprender relaciones por mar con las tribus también ibéricas de Aquitania, mientras que, por el contrario, las relaciones con los vecinos celtas o pertenecientes al grupo vasco, especialmente con los autrigones, fueron en general poco cordiales. Este antagonismo motivó, en tiempos de Augusto, la guerra cántabra, después de la cual, acaso los autrigones recuperaron las comarcas e Villarcayo que hasta entonces acaso tuvieran los cántabros coniscos.

El gran problema de los cántabros, del que depende la explicación de todos los demás, es, pues, saber en qué momento ocuparon su territorio. Hasta ahora habíamos venido suponiendo que fuese el siglo III, admitiendo los movimientos propuestos por Schulten, que según él iberizaron el interior de la península; pero hoy se ofrecen serias dificultades para esta tesis y no parece que existiese tal movimiento, siendo más probable que hallándose ya los iberos en el centro de España desde principios de la edad del bronce y representando de acuerdo con la doctrina clásica los celtas el elemento invasor que poco a poco se fundió con el indígena, entre el que hay que contar a los iberos, la mezcla quedó estabilizada a partir del siglo III, resurgiendo a la larga en la mezcla la personalidad de los iberos a medida que se desnaturalizaba el carácter del pueblo dominador. El problema cántabro debe explicarse de acuerdo con estos resultados que abo-

nan los precedentes prehistóricos de la presencia de iberos en Castilla a principios de la edad del bronce y la evolución cultural de los celtíberos, en los cuales siempre la cultura conserva numerosos elementos célticos, no existiendo en ella solución de continuidad y pudiéndose explicar la progresiva aparición de elementos ibéricos por las relaciones cada vez más íntimas con la cultura floreciente de los iberos del Ebro.

Interponiéndose entre los cántabros y los demás iberos del Ebro, así como entre ellos y los elementos ibéricos de los celtíberos, pueblos célticos como los turmódigos y berones, debe suponerse que la entrada de los cántabros en el N. hubo de producirse antes de la aparición de los celtas en el alto Ebro. En tal caso la cultura del Monte Bernorio se habría desarrollado estando ya los cántabros en su domicilio histórico, y debemos suponer que los cántabros, si no estaban en aquél desde mucho antes (y los hallazgos de tipo argáricos de la provincia de Santander parecen ser un indicio de ello), acaso serían grupos ibéricos que quedaron arrinconados en las comarcas de Alar del Rey y Reinosa, así como en la provincia de Santander en el período de las invasiones célticas, cuando los celtas dominaron La Bureva. Poco a poco fueron influidos por la cultura posthallstáttica de sus vecinos, que debieron dominarles también temporalmente transformando la suya propia que no conocemos y que debió continuar las más antiguas culturas del Ebro. Además, el hecho de dejarse influir los iberos por las culturas célticas es frecuente y se observa en otros núcleos de la población ibérica peninsular.

La penetración del alto valle del Ebro presupone, además, una ocupación más o menos larga de la Bureva y acaso también de la región de Villarcayo, que más tarde son de los autrigones. Podría suponerse a estos el resultado de la mezcla de los invaros celtas con el elemento indígena de tales comarcas, pariente de los pueblos vascos, y que después de las dominaciones cántabra y celta, al decaer los celtas, volvió a reaparecer como población típica, habiendo borrado los celtas poco a poco a los cántabros. Las relaciones naturales entre los pueblos precélticos, en parte sometidos al invasor, con los celtas, explicarían la formación de la cultura posthallstáttica del tipo Monte Bernorio-Miraveche. El aislamiento de los grupos cántabros respecto de los

demás iberos del Ebro, que sólo en tiempo tardío (siglo III) unifican su cultura con la de los pueblos ibéricos del S. y E. de España, explicaría también el carácter distinto de la cultura de la zona Norte y que la de los cántabros, debiendo suponerse que era de tipo mucho más primitivo que la de los celtas, adoptase fácilmente la de éstos.

Podemos resumir, después de lo dicho, nuestras conclusiones que creemos aclaran notablemente la historia cántabra, de la siguiente manera:

1.º) Sobre la base de los pueblos indígenas del N. de España se colocan unas infiltraciones ibéricas procedentes de las avanzadas de los iberos que dominan el Ebro a mediados de la Edad del bronce (cultura de El Agar de la provincia de Santander: hacia 1500 a. de J. C.) En dichas infiltraciones ibéricas hay que ver el núcleo originario de los cántabros, y éstos debieron dominar la región de Villarcayo y probablemente también la Bureva, el valle de Miranda y quien sabe si también la Rioja hasta las invasiones célticas que se desarrollan desde 1000 a. de J. C. al siglo VI.

2.º) El dominio céltico del centro de España y de la parte meridional del país vasco aisla a los cántabros en la Montaña y acaso se extiende también sobre ellos (Vellica, Aurini, el río Deva), habiéndoles arrebatado sin duda la región de Villarcayo (Segontia Paramica de los Autrigones) y celtizándoles culturalmente, paralelamente a análogas infiltraciones de pueblos y cultura céltica entre los astures.

3.º) Al decaer el período céltico, después del siglo VI, los cántabros tratan de reconquistar la región de Villarcayo, y bajan por el Ebro hasta el valle de Miranda, separando a los autrigones de la montaña vizcaína de los grupos de la Bureva y tratando acaso de ocupar también ésta. Tal situación es la que responde a la época de las fuentes de Estrabón y que se refleja en el texto de este que hace a los cántabros coniscos vecinos de los várdulos y los berones.

4.º) Los intentos de reconquista cántabra provocan la petición de auxilio de los autrigones y de sus aliados los Burmódigos, vecinos también de los cántabros, y que acaso habían tenido

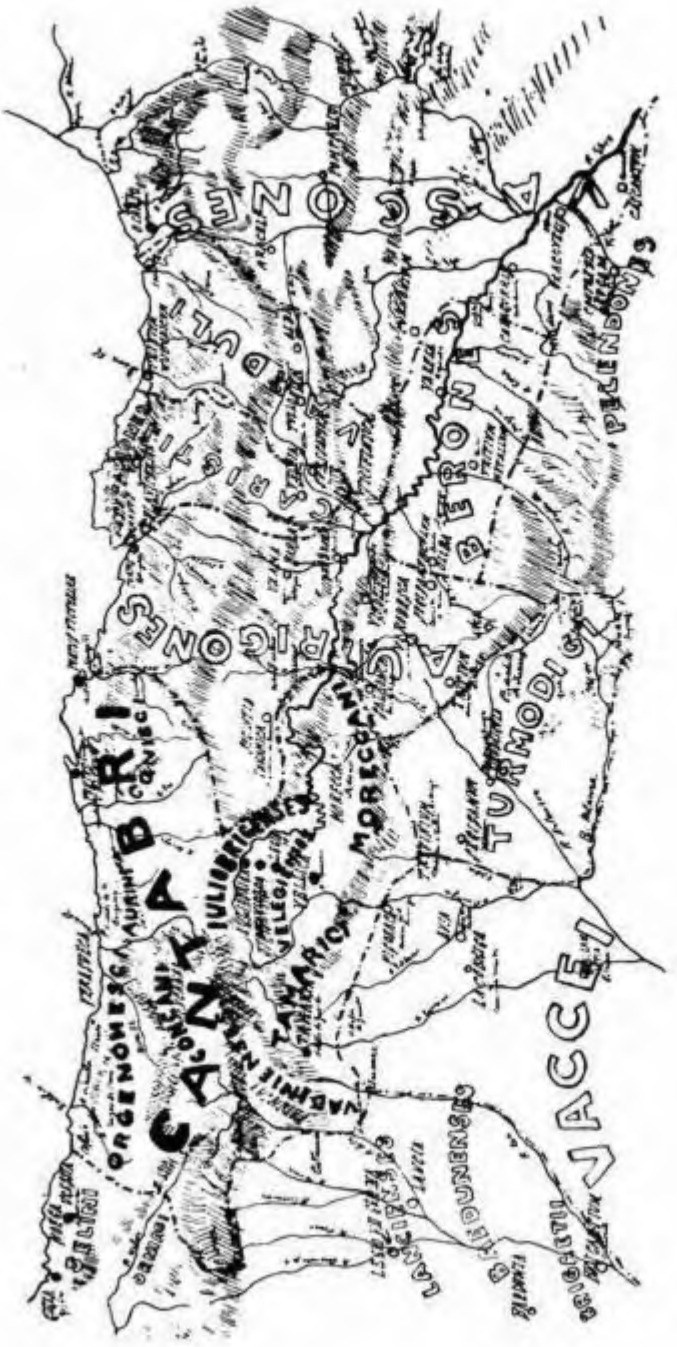
que soportar igualmente sus ataques. Ello es el origen de la guerra cántabra.

5.º) Terminada la guerra cántabra se devuelve a los autrigones la región de Villarcayo y los cántabros quedan reducidos a los límites de Ptolomeo.

Para terminar notemos el paralelo de la primitiva historia cántabra tal como nosotros la reconstruiríamos con los episodios de la reconquista castellana y de la política de expansión territorial de los primeros condes de Castilla, que se refleja en los conocidos versos del poema de Fernán González, recordados por Sánchez Albornoz:

> Estonçes era Castyella un pequenno rryncon,
> era de castellanos Montes d'Oca mojon,
> e de la otra parte Fitero el fondon.

P. Bosch Gimpera.


CANTABRI
ORGENOMESCI
VASCONES
PRIGONES
BURI
CARISII
IULIOBRIGENSES
VELEIA
MOBECORI
TURMODIGI
ACCEI
PELENDONES
LAPOCENI
BELIGUNENSES